

RAZÓN Y FE: UN CORAZÓN QUE AME LA SABIDURÍA

En un mundo en el que todo cambia bajo nuestros pies; en un mundo en el que se está produciendo un cambio cultural; en un mundo en el que la sensación de crisis domina; en un mundo en el que las antiguas figuras y patrones se desmoronan, se percibe que nos encontramos en un punto crítico en el que aún no es posible discernir los contornos de lo que se viene llamando nuevo orden mundial. Y como suele suceder, estos momentos de transición tienden a generar inseguridad e incertidumbre.

Cuando los cimientos que han venido sosteniendo nuestro modo de pensar y actuar se tambalean, buscamos o tratamos de buscar un fundamento firme que, una vez más, pueda proporcionar sentido y propósito a la vida. Con un presente inquietante y un futuro incierto, muchos se vuelven hacia el pasado para encontrar una guía. Y si los cambios que están teniendo lugar son radicales, esta estrategia de volver hacia el pasado, está condenada al fracaso. Los antiguos mapas de ruta no pueden proporcionar una guía correcta para los nuevos territorios. La muerte en vida ocurre cuando parece que se han agotado las posibilidades porque el futuro no es otra cosa que la repetición del pasado.

En un mundo complejo en el que las cosas no son siempre claras, no es suficiente esa lógica excluyente del “o” esto, “o” esto otro. La insistencia en que las cosas no son ni simplemente de esta manera ni de la otra, se tilda demasiado a menudo de confusión mental que no resuelve nada, confusión que debe ser rechazada en nombre de la claridad que se supone requiere toda decisión para la acción. Pero la claridad no es, necesariamente, una virtud. Y muchas decisiones pueden ser destructoras en este mundo complejo que nos ha tocado vivir. De hecho, el futuro se ve menos amenazado por los que dudan que por los que insisten en que su vía es la única vía posible. Una sospecha nos puede ayudar a precisarlo: la explosión continua de conocimiento científico que venimos experimentando tienta a muchos a concluir que más allá del alcance de las ciencias naturales no hay conocimiento, sino sólo opinión y afecto. En este sentido, la percepción de que hay verdadero conocimiento cuando las cuestiones van más allá de lo empíricamente decidible por la ciencia puede ser tenue. Nuestra percepción, sin embargo, es que hay ámbitos de conocimiento que quedan abiertos y que influyen sobre la vida, más allá de la estricta frontera trazada por la física o la biología. Por esto, consideramos que, al mismo tiempo que se van expandiendo las límites del conocimiento en este siglo XXI, se debe ir expandiendo también el conocimiento de los límites del conocimiento.

Ahí es donde entra la disertación en la que pretendemos aterrizar sobre Razón y Fe. No ponemos una disyuntiva: esto “o” esto, sino una conjunción copulativa: esto “y” esto...razón y fe.

Lo primero que nos planteamos es una cuestión: esa “y”, conjunción copulativa, ¿qué es lo que une? ¿Qué viene a significar esa “y”? ¿Una separación radical (las dos no tienen nada que ver)? ¿Una débil pasarela sobre el abismo que las separa? ¿Ha de ser entendida como el guión de una continuidad? Nuestra intención es preguntar cómo nos representamos estos dos polos que la “y” separa y al mismo tiempo une. Porque de un modo indistinto venimos observando que se habla de razón y fe, de ciencia y fe, de ciencia y religión, de filosofía y teología,... y así las diversas variantes posibles. ¿Están todos estos términos en el mismo nivel y por eso se pueden usar de modo indistinto? ¿Hacen referencia a realidades diferentes?

Dado que detrás de cada término se esconden significados diversos, comencemos por precisar los términos del binomio razón-fe. No sin antes dejar ya apuntado que nos limitamos a una ubicación concreta: occidente y la tradición judeo-cristiana.

Razón y fe

Según el diccionario, razón es la facultad de pensar o discurrir. Se caracteriza por una capacidad de comprensión sistemática de la realidad y por la posibilidad de la posesión cognoscitiva de la verdad. Es, por consiguiente, una facultad de principios y relaciones, no de hechos. Con la razón aclaramos conceptos diversos, los cuestionamos, establecemos premisas distintas a las que ya conocemos; consideramos cosas pasadas, presentes o futuras y hacemos juicios concernientes a ellas; podemos resolver cosas, estudiarlas, probarlas y enmendarlas de un modo que tengan sentido para nosotros. Nos permite la razón convertir la argumentación, la discusión y el diálogo en acciones necesarias para el desarrollo intelectual, la búsqueda del conocimiento y el establecimiento de relaciones humanas, sociales, políticas.

La razón, en cuanto pensamiento sistematizado, se concreta en distintas filosofías. Y esto da lugar a modos diversos de organización social.

Algo más aún. En nuestro mundo occidental de la última modernidad o postmodernidad, como queramos llamarlo, la facultad de pensar y razonar ha quedado un tanto desprendida. Pensamiento y razón parecen haber quedado situados de lado, en un mundo privado reservado para intelectuales y académicos. Un ejemplo de ello es la forma despectiva con el que se utiliza el término “académico”, que viene a significar “irrelevante” (basta, para percatarse de ello, con prestar un poco de atención a los comentaristas deportivos). Además de esto, con frecuencia

hablamos de nuestros pensamientos como si fueran sentimientos: en el encuentro con los demás, para ser políticamente correctos, podríamos decir: “*tengo la impresión* de que esto es erróneo”, porque suena menos agresivo que decir: “*pienso* que esto es erróneo”. Igualmente, permitimos que los sentimientos se superpongan a los pensamientos, que reemplacen todo el proceso de pensar, de modo que lo que parece ser una discusión razonada es, en realidad, un intercambio de emociones. Así, es más habitual escuchar “*siento –o algo me dice–* que debemos hacer esto”, porque es más políticamente correcto y no hiere sentimientos, que decir “*pienso* que debemos hacer esto”. Y el hecho es que cuando dicen “siento que debemos hacer esto”, están diciendo la verdad: realmente sienten con toda intensidad, hasta el extremo que se sentirán heridos y rechazados, si los demás no están de acuerdo con ellos. Ciertamente, un intercambio de sentimientos nos puede ayudar a saber hasta qué punto puede llegar la presión en un determinada decisión, pero nunca nos dirá qué opción es la más correcta.

Pasemos al otro término del binomio. Según el diccionario, fe es confiar. Y esto es algo natural en el ser humano. Bajo esa confianza es posible constituir, por ejemplo, la vida en sociedad. Además, entendemos por fe en la religión católica, la primera de las tres virtudes teológicas, asentimiento a la revelación de Dios, propuesta por la Iglesia. Así pues, la fe se considera como acto del hombre que compromete la globalidad de su existencia en la apertura al acontecimiento de la revelación y que no puede aislarse de todos los demás actos que forman la existencia. En este contexto, una fe no razonable sería inadecuada a la estructura del ser humano.

También la fe, en cuanto pensamiento sistematizado, se concreta en distintas teologías.

Por lo tanto, la “y”, en Razón y fe, está uniendo dos formas de convicción, dos órdenes de conocimiento que generan dos formas de pensamiento sistematizado. Ahora bien, el ser humano es un todo que está integrado por la razón, pero también por la voluntad y por el sentimiento. El ser humano, no es tal porque escape de una para quedarse con la otra; ni puede vivir solamente amparado en la razón (racionalismo) ni solamente abrazado a la fe (fideísmo). El ser humano oscila y se tambalea perpetuamente entre ambas. Porque las dos forman parte de la vida humana, aunque a veces se decante por una en detrimento de la otra. Con razón, el beato Juan Pablo II, en la encíclica *Fides et ratio* hablaba de ellas como “las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”.

Hemos dicho que razón y fe en cuanto pensamiento se concretan en distintas filosofías y teologías. Precisemos, pues, este otro binomio: filosofía-teología.

Filosofía y teología

Por filosofía nos referimos al conjunto de saberes que trata de establecer, de manera racional, los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad, así como el sentido del obrar humano. Cuando hablamos de filosofía pensamos en lo permanente, lo intemporal, en la esencia de la realidad. De hecho, a lo largo de la historia del pensamiento en Occidente, se ha identificado la filosofía con la metafísica, es decir, con una reflexión sobre el ser y sus atributos. No pensamos que, por ejemplo, la tecnología, pueda exigir un tratado filosófico.

Normalmente atribuimos a los filósofos el que sean quienes formulen la pregunta de *por qué*. Sin embargo, los filósofos no han podido avanzar al paso de las teorías científicas. En el siglo XVIII, los filósofos consideraban todo el conocimiento humano como su campo de trabajo, se incluía también el campo científico. Llegaban incluso a discutir si tuvo o no el universo un principio. Sin embargo, en los siglos XIX y XX, la ciencia ha experimentado tal desarrollo técnico y matemático que únicamente los especialistas podían entender y hablar de ella. Esto hizo que los filósofos redujeran de tal forma el ámbito de sus indagaciones que Wittgenstein llegó a sostener que la única tarea que le quedaba a la filosofía era el análisis del lenguaje.

Por teología hacemos referencia al conjunto de saberes que trata de Dios y del conocimiento que el hombre tiene de Él, mediante la fe o la razón. Si nos referimos a la teología cristiana, hablamos de la elaboración refleja y científica de la inteligencia de la Palabra de Dios a la luz de la fe que se organiza como ciencia de la fe a la luz de un doble principio metodológico: el *auditus fidei* y el *intellectus fidei*. Con el primero, asume los contenidos de la Revelación tal y como han sido explicitados progresivamente en la Escritura, la Tradición y el Magisterio. Con el segundo, la teología pretende responder a las exigencias propias del pensamiento mediante la reflexión especulativa.

La teología, entendida como la cuestión sobre Dios, encuentra, en contraste con la filosofía, su verdadera identidad. Pues la filosofía, que también se ocupa de la cuestión de Dios, lo hace hablando de Dios en cuanto objeto de reflexión, esto es, como genitivo objetivo, limitándose a una aséptica discusión sobre Dios. Sin embargo, la teología interpreta este genitivo en sentido subjetivo, trayendo a la memoria permanentemente que el objeto de su investigación, antes de ser algo, es más bien Alguien. De ahí que la teología no es una filosofía que brota de la especulación y de la voluntad del pensador, sino que surge de la escucha del Otro (con mayúscula), nos habla de un futuro que no ha sido programado por el hombre y que, por ende, no está signado por la contingencia. Hablar de

teología sólo es posible cuando se ha resquebrajado el totalitarismo de una razón cerrada en sí misma.

Visto lo anterior, la “y”, conjunción copulativa, en el binomio filosofía-teología, está uniendo conjuntos de saberes. Saberes que conforman una visión del universo, de la vida, del ser humano, de Dios.

Nos queda un binomio, el compuesto por los términos ciencia y religión.

Ciencia y religión

Entendemos por ciencia un conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes. Principalmente hacemos referencia con esto a las ciencias experimentales, que se caracterizan por buscar un conocimiento del mundo natural que se pueda someter a control experimental.

Sabemos que el término “ciencia” no ha tenido el mismo significado a lo largo de la historia. Los primeros en hacer ciencia y en llamarla así, fueron los filósofos, desde el siglo V a.C. hasta el siglo XIX. Así pues, la ciencia nace como una hija de la filosofía que debe crecer y ganar credibilidad con nuevos “filósofos naturales”, como se hacían llamar.

La Revolución científica de los siglos XVI y XVII desgajó del campo uniforme del saber medieval un conjunto de conocimientos a los que se accede por un método nuevo, propuesto en 1620 por Francis Bacon. Y desde ese momento, el concepto de “ciencia” ha dado muchos tumbos. Algunos consideran que es el método supremo para acceder a un conocimiento de la realidad; otros afirman que es un método agotado dada la incognoscibilidad de la realidad. También existen posiciones intermedias. Lo cierto es que la ciencia se define de una manera o de otra en función de los presupuestos psicológicos, filosóficos, sociales que existen en quien trata de definirla. No hablamos, por consiguiente, de una “ciencia”, sino que hay muchas ciencias, porque hay muchos métodos científicos. De hecho, en los últimos años hay una tendencia en las Universidades a designar con la palabra “ciencias” a los centros universitarios: Facultad de ciencias de la educación, ciencias jurídicas, ciencias de la salud, ciencias religiosas, ciencias de la información, ciencias humanas.

Algo a tener en cuenta es que existe un consenso dentro de un amplio espectro de la comunidad científica para afirmar que las ciencias son procesos de construcción social. Es decir, las ciencias son instituciones humanas, actividades organizadas por comunidades humanas, en las que hay un proceso de construcción social del conocimiento. En este proceso de creación del conocimiento hay una evolución que está sujeta a los intereses

políticos, económicos y sociales de cada momento (la política o la economía, así como la religión, favorecen o impiden determinadas investigaciones científicas; el dinero para investigar está concedido por organismos públicos o privados, cuyos objetivos dirigen la investigación). Y esto tiene una clara incidencia sobre la configuración de las sociedades y los grandes cambios sociales y culturales.

Es evidente que la ciencia ha ido, a lo largo de la historia, dando explicaciones y descripciones más potentes, más cualificadas y más abundantes sobre el mundo y lo que en él sucede. Pero la aspiración holística y global no pertenece al concepto de ciencia en sí, sino a quien lo define. La realidad tiene mayor amplitud que la detectada por los métodos científicos; lo inconmensurable se escapa y con ello se escapan las cuestiones más significativas para la vida. Por eso, recordamos que la verdad científica es una verdad a medias, que no da respuesta al sentido de la vida en general, pero que, a su vez, sí da un conocimiento sobre el *modus operandi* de la naturaleza.

Hoy, la ciencia tiene conocimiento de sus límites, de su ser provisional y contingente. No estamos ante un cuerpo acabado de conocimientos inmutables y eternos, sino ante un proceso dinámico que pretende entender mejor la realidad para buscar la verdad. Por ello, es conveniente poner en entredicho los mitos de neutralidad y objetividad de las ciencias, ampliamente aceptados. Para muchas personas la palabra científico es sinónimo de incuestionable (basta prestar atención a la utilización de la palabra “ciencia”, o sus derivadas, por parte de la publicidad y de personajes públicos: algo es universalmente aceptable, si está demostrado científicamente. Recordamos, en este sentido, las afirmaciones que se contemplan en la etiqueta de las botellas de anís del mono). Si bien hay que poner estos mitos en entredicho, como acabamos de afirmar, no hay que olvidar la importancia que tienen el rigor y la especificidad en el desarrollo de los acontecimientos científicos, que dotan a la ciencia de unos valores de los que no gozan otros saberes, como la mitología, la astrología, etc.

La ciencia es cultura. Y se hace imprescindible saber ciencias. Con esto no hablamos tanto de memorizar información de los resultados de las investigaciones científicas, cuanto de saber utilizar el método hipotético-deductivo, esto es, desarrollar las destrezas suficientes en el uso de la racionalidad humana para plantear la resolución de los enigmas de la vida cotidiana: formulación del problema, planteamiento de hipótesis, estrategias de falsación de las hipótesis y emisión de conclusiones; si las conclusiones quedan abiertas, es necesario retroalimentar el proceso metodológico.

Veamos brevemente, en un solo párrafo, el segundo término de este binomio: religión.

Por religión entendemos el conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto. Estamos, pues, también, como en el caso de la ciencia, ante una construcción social.

Por tanto, la “y” en el binomio ciencia-religión está uniendo dos sistemas de conocimientos socialmente organizados.

Teniendo todo esto en cuenta, deberíamos ser un poco más prudentes a la hora de hablar de la relación razón y fe en sus distintas formas. Hoy se identifica razón con razón científica, y eso es, a nuestro parecer, un reduccionismo. La razón es una realidad más amplia que la ciencia. En la razón tiene cabida tanto la filosofía, como la ciencia; tanto la teología como la religión. Las cuatro son ejercicio de la razón. Y ninguna es reducible a las otras ni puede desarrollarse de una manera independiente de las demás. Así, por ejemplo, sabemos que la ciencia natural es posible porque en la naturaleza existen muchas pautas, regularidades en el espacio y en el tiempo, que se pueden expresar mediante leyes generales. Esto permite que la ciencia experimental tenga una peculiar fiabilidad que, en cambio, no se encuentra del mismo modo cuando se consideran aspectos más profundos de la existencia, que van unidos a la espiritualidad y a la libertad humana. Por este motivo, la competencia en el campo científico no garantiza, en modo alguno, que la misma persona sea competente para juzgar adecuadamente las cuestiones filosóficas o religiosas.

Por otra parte, hay un modo de entender la fe que nace de la crisis escolástica previa al renacimiento, el nominalismo, que la aísla de la razón y la constituye en una instancia separada e irracional. Este fenómeno fue lúcidamente puesto al descubierto por Benedicto XVI, entre otros lugares, en su discurso en Ratisbona. Cuando la fe no busca entender y se concibe como una especie de muro que la razón no puede franquear, entonces es fácil que esa fe, constituida en instancia independiente de la racionalidad, se convierta en fundamentalismo. El querer entender la fe no implica tener la pretensión de agotar la verdad revelada, sino de abrir la razón a un ámbito más amplio que el que pone ante los ojos de nuestro entendimiento la desnuda experiencia.

No podemos desistir en el propósito de entender cada vez mejor la verdad del universo, de la vida, del ser humano y de Dios. Desistir de este propósito constituiría la muerte de la racionalidad. Y su muerte dejaría a la razón en manos de la ideología de moda o del poder dominante, o de un pensamiento cientificista o fundamentalista. Sería la renuncia a lo que más propiamente nos pertenece como seres humanos que somos.

Ahora, eso sí, debemos realizar este propósito teniendo en cuenta los conocimientos a los que la inteligencia humana nos va llevando cada vez.

No podemos quedarnos anclados en los conocimientos del pasado ni en el modo de conocer en el pasado, cuando la inteligencia humana sigue un desarrollo creciente en el conocimiento. Ese desarrollo en el conocimiento es algo mandado por Dios a Adán. Y como decía Newton, para dominar hay que conocer. Eso es lo que precisamente hacen las ciencias experimentales: conocer cómo suceden los fenómenos naturales. Este fruto de la razón nos lleva a conocer cada vez mejor el “libro de la naturaleza”. Para hacer una buena reflexión hay que tener buenos datos. Y la ciencia nos aporta los datos necesarios para hacer que cada vez nuestra reflexión desde el “libro de la revelación” sea más creíble. Dicho de otro modo: el mejor conocimiento del universo permite un mejor conocimiento de cómo Dios lo ha creado, y, en consecuencia, un mejor conocimiento de la Voz del Dios de la Revelación.

En este sentido, cuando la cosmovisión que se tenía cambia para una y no para la otra, no es de extrañar los conflictos entre ambas, conflictos que se han venido produciendo en la relación razón-fe, en cualquiera de sus formas.

Día a día, se multiplican las iniciativas para el estudio de ciencia y religión y se multiplican los estudios de las relaciones entre las dos disciplinas. Se puede decir que, en el ámbito católico, la perspectiva ha cambiado mucho desde la intervención del papa Juan Pablo II, en su carta al director del Observatorio Vaticano con fecha de 1 de junio de 1988, dando lugar a lo que se ha dado en llamar “la nueva visión romana”.

En el imaginario teológico hay muchos modos de entender esta relación. Nosotros vamos a considerar la tipología ofrecida por I.G. Barbour, quien presenta cuatro tipos: modelos de conflicto, independencia, diálogo e integración.

El modelo de conflicto casi no se produce en el ámbito católico.

El modelo de independencia se basa en la idea común de que ciencia y religión no tienen puntos de contacto. Ciertamente que las dos abordan, en determinados momentos, los mismos objetos, pero desde perspectivas tan diferentes que no consiguen poner en común sus afirmaciones.

El modelo de diálogo se apoya en la búsqueda de semejanzas entre los métodos y conceptos utilizados por la ciencia y la religión. Desde este punto de vista, se pueden considerar, al menos, dos tipos de modelo de diálogo: el que busca la semejanza en los presupuestos de la ciencia y el que lo busca en los métodos y conceptos.

Modelo de integración es aquel que busca la reformulación de las ideas teológicas tradicionales. Hay tres tipos: la teología natural, según la cual la existencia de Dios puede ser inferida desde los indicios de diseño que manifiesta la naturaleza, indicios de los que la ciencia nos ayuda a tomar conciencia; la teología de la naturaleza, que busca la reformulación de algunos conceptos o doctrinas tradicionales a la luz de los

conocimientos científicos actuales; o la síntesis sistemática, que es aquella que busca ofrecer una cosmovisión global construida con la colaboración de ciencia y religión.

La utilización de un paradigma común entre teología y filosofía, supone un punto de encuentro entre ciencia y religión, que puede favorecer la relación.

Mirando a la historia, vemos que la proclamación del kerigma por parte de la iglesia se ha hecho siempre procurando mostrar que en él Dios ha desvelado el sentido profundo de la vida humana: asumiendo que el hombre vería su vida real iluminada por la profundidad teológica del kerigma. Pero para ello había que describir la vida humana, la condición natural del hombre en el universo, y esto exigía una hermenéutica. El kerigma venía dado a la iglesia por inspiración y asistencia del Espíritu Santo; la hermenéutica dependía de las contingencias de la razón. Así se hizo durante veinte siglos de historia de teología cristiana y no pudo hacerse sino admitiendo los esquemas conceptuales de la cultura del tiempo, a saber, el paradigma greco-romano.

Ahora bien, desde el siglo XVI, momento en el que comienza una nueva andadura del pensamiento humano, que lleva consigo abandonar el paradigma greco-romano para construir poco a poco la nueva imagen de la realidad que va surgiendo desde el avance de la ciencia, las relaciones entre razón y fe han experimentado serias disonancias: el kerigma cristiano no se veía entendible a la luz de la imagen moderna de la realidad. Lo que acarreó consigo el consecuente desfase en lo científico-filosófico-teológico y en lo socio-político.

En efecto, la ciencia, durante muchos siglos, promovió una imagen monista, determinista y mecanicista del universo y del ser humano que no era entendible ni admisible por la iglesia. Pero si se hallara armonía entre fe cristiana y modernidad –y esto es lo que está pasando justo en nuestro tiempo–, esta visión del kerigma iluminada por la modernidad constituiría el paradigma de la modernidad en el cristianismo. Si, en efecto, esto se comprobara, entonces se habrían hallado las bases conceptuales para hablar con fuerza y significación del cristianismo en la cultura moderna. ¿Qué podría objetarse a que la iglesia debiera construir su teología abandonando el paradigma greco-romano y pasándose al paradigma de la modernidad? No sólo no se podría objetar, sino que se vería como una exigencia moral cristiana, a saber, la de evangelizar dentro de la cultura de cada tiempo.

Para ello, hay que perder el miedo. Leí en su momento –y lamento no recordar dónde– una comparación que nos puede servir. Se comparaba el momento que vivimos con un avión que va a despegar. El avión, mientras está en tierra cogiendo velocidad, su contacto con lo que le sustenta son las ruedas; pero llega un momento en el que, dada la velocidad, lo que le va a sustentar es el aire. Y las ruedas ya no le sirven.

Su punto de apoyo para sustentarse en el aire serán las alas. Ese cambio lleva consigo un momento de tensión, pero no hay que tener miedo a realizarlo para que el avión pueda cumplir su cometido. Pues lo mismo nos sucede hoy: la cultura en la que nos apoyábamos ha experimentado tales cambios que nuestro modo de relacionarnos con ella no nos sirve; hay que perder el miedo para entrar en una relación nueva.

Apoyados en las palabras del papa Benedicto XVI en sus discursos, homilías y mensajes en Ratisbona, Munich, a la Asamblea Nacional Italiana, en la Sapienza, en la Academia de Ciencias de París, a la Academia Pontificia de Ciencias, al mundo académico de la República Checa, al Congreso *Ciencia, Filosofía y Teología en diálogo*, a los miembros de la Universidad del Sacro Cuore, a los jóvenes profesores universitarios en el Escorial, apoyados en sus palabras, digo, podemos remarcar la racionalidad como fundamento del diálogo religioso, científico, político, ético y filosófico; y la racionalidad de la fe, lejos del racionalismo y del fideísmo. La conjunción de razón y fe es la garantía querida por Dios para la evangelización y para la perseverancia en las buenas obras, con la ayuda de la gracia, por su puesto. Es el momento de enaltecer la inteligencia como el mayor regalo que la naturaleza humana ha recibido de Dios cuando la creó.

Por eso, hoy, dado el cambio de paradigma, y aprovechando que el papa Benedicto nos convoca a un año de la fe y que en Roma se ha convocado, para este mismo mes de octubre, el Sínodo de los Obispos para tratar sobre el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, estamos en la coyuntura oportuna para buscar la nueva hermenéutica que haga inteligible el cristianismo en la actualidad y pueda presentarlo en toda su fuerza, de tal manera que el hombre de nuestro tiempo, a través de la proclamación de la fe cristiana –del kerigma–, y de su explicación teológica, o sea, una hermenéutica moderna, pueda caer en la cuenta de la profunda armonía entre Creación y Revelación, sintiéndose atraído entonces a dejarse identificar con la fe de la iglesia.

La dificultad que podemos encontrar para realizar esta tarea no viene de una u otra disciplina sino de nuestra disposición para buscar la verdad. Y en esto, el problema es de nuestra voluntad; no de la cabeza, sino del corazón. Y es el corazón quien nos puede ayudar a encontrar la verdad venga por el camino que venga, el camino de la ciencia o el de la religión. Claro, eso sí, pensemos, más bien, en un corazón que ame la sabiduría.

José Ruiz García

BIBLIOGRAFÍA

1. Bibliografía impresa

AMO USANOS, R., *El principio vital del ser humano en Ireneo, Orígenes, Agustín, Tomás de Aquino y la antropología teológica española reciente*, Roma 2007.

BARBOUR, I. G., *El encuentro entre ciencia y religión: ¿rivales, desconocidas o compañeras de viaje?*, Santander 2004.

GELABERT, M., *La revelación. Acontecimiento fundamental, contextual y creíble*, Salamanca-Madrid 2009.

GIBERSON, K.; ARTIGAS, M., *Oráculos de la ciencia. Científicos famosos contra Dios y la religión*, Madrid 2012.

MONTSERRAT, J., *Hacia un Nuevo Concilio. El paradigma de la modernidad en la Era de la Ciencia*, Madrid 2010.

MOVIMIENTO FAMILIAR CRISTIANO, *Temas de Actualidad Familiar*, Toledo 2010.

WRIGHT, N. T., *Después de creer. La formación del carácter cristiano*, Madrid 2012.

2. Bibliografía electrónica

BEJAR BACAS, S., *La Teología, entre la modernidad y la postmodernidad*, [acceso: 15.07.2012], http://www.tendencias21.net/La-teologia-entre-la-modernidad-y-la-postmodernidad_a5338.html

DE LA IGLESIA RODRÍGUEZ, N., *Filosofía como puente entre Ciencia y Teología*, [acceso: 19.07.2012], www.espaciolaical.org/contens/06/0637.pdf

LEACH, J., *La ecuación entre conocimiento y ciencias de la naturaleza no es exacta*, [acceso: 01.09.2012], http://www.tendencias21.net/La-ecuacion-entre-conocimiento-y-ciencias-de-la-naturaleza-no-es-exacta_a2167.html

SARANYANA, J. I., *Benedicto XVI piensa la Universidad: De Ratisbona a Berlín, pasando por Roma y Londres*, [acceso: 24.07.2012], <http://www.una.es/cryf/ratisbonaaberlin.html>

SEQUEIROS, L., *El mercado se ha convertido en dios, según Mark C. Taylor*, [acceso: 01.09.2012], http://www.tendencias21.net/El-mercado-se-ha-convertido-en-Dios-según-Mark-C-Taylor_a12555.html

SEQUEIROS, L., *La alfabetización científica es necesaria en la formación teológica*, [acceso: 04.07.2012], http://www.tendencias21.net/La-alfabetizacion-cientifica-es-necesaria-en-la-formacion-teologica_a4032.html

SEQUEIROS, L., *La línea que separa lo natural, lo sobrenatural y lo artificial se hace borrosa*, [acceso: 01.09.2012], http://www.tendencias21.net/La-linea-que-separa-lo-natural-lo-sobrenatural-y-lo-artificial-se-hace-borrosa_a10411.html